

Motivaciones vocacionales. Consistencia e idoneidad

*“Algunas personas miran al mundo y dicen: ¿Por qué?
Otras miran al mundo y dicen: ¿Por qué no?”*

(G. B. Shaw)

La toma de conciencia vocacional no marca el final del discernimiento, sino el comienzo del mismo. Una vez adquirida, en grado suficiente, se debe invitar al candidato a una clarificación complementaria abordando sus motivaciones internas y verificando si posee el equipamiento adecuado para asumir las exigencias que comporta la respuesta que pide la vocación. Los móviles vocacionales constituyen el criterio subjetivo de verificación vocacional, y la idoneidad sería el objetivo. Este capítulo presentará un resumen suficiente de ambos criterios.

Las motivaciones vocacionales y su discernimiento

Motivaciones vocacionales. Un complejo mundo

Antes era más común hablar de *recta intención* al referirse a este criterio subjetivo de discernimiento. Era descrita como la *voluntad firme y pronta de aceptar consagrarse para siempre al Señor*¹⁹⁰. Se califica como *recta* aquella intención del sujeto que expresa con autenticidad el motivo

¹⁹⁰ Cf. PABLO VI, *Summi Dei Verbum* (4 noviembre 1963).

o los motivos que le impulsan a obrar en un sentido éticamente positivo. Hoy, con un lenguaje más psicológico, hablamos de *motivaciones*¹⁹¹, entendiéndolas como aquel conjunto de fuerzas psíquicas que contribuyen a formar una intención, y, por ella, a tomar una decisión o hacer una elección. “La motivación es lo que es capaz de ‘mover’ al sujeto. Indica el conjunto de los motivos y de las expectativas que impulsan a actuar”¹⁹². Las personas casi nunca actuamos movidas por una única motivación. En nuestra comunicación ordinaria nos limitamos a nombrar los motivos más aparentes y positivos de nuestro actuar, pero quedan implícitos otros muchos, y no precisamente pasivos, que sólo surgen si profundizamos más.

Las motivaciones constan de un fin y de un impulso, confiriendo el sentido y la fuerza que movilizan a una persona para conseguir las metas que se propone. La Iglesia pide al candidato que, en el momento de abrazar la vocación actúe con rectitud de intención y con libertad¹⁹³. Las motivaciones vocacionales, junto con la conciencia de la llamada, impulsan al candidato a abrazar la vocación de una manera responsable, dinámica y en constante superación.

La palabra “motivación” es un término polisémico que admite diversidad de significados según el punto de vista desde donde se consideren. Así pues, las motivaciones pueden ser *manifiestas* o *latentes*, según se posea conciencia clara de ellas o no. Las latentes pueden ser conscientes,

¹⁹¹ Son muchos los autores que han tratado este tema fundamental en el discernimiento. Por su claridad pedagógica y su buena fundamentación sugiero la lectura de ALDAY, Jesús M. *La vida consagrada. Aspectos antropológicos, psicológicos y formativos*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 2004, pp. 137-157.

¹⁹² Cf. CENCINI, A.; MANENTI, A. *Psicología y formación. Estructuras y dinamismos*. México: Paulinas, 1988, p. 348.

¹⁹³ Cf. CIC cc. 642-643.

pero no manifestadas, o inconscientes para la misma persona. Las conscientes, que permanecen ocultas para el acompañante, pueden ser detectadas, reconocidas, controladas y educadas por el sujeto. Las inconscientes, a pesar de no ser conocidas por la persona, se muestran, a veces, bastante activas e influyen eficientemente en sus comportamientos.

Con respecto a sus fines, las motivaciones, pueden ser *únicas* o *diversificadas*, es decir, orientadas en direcciones convergentes o en direcciones divergentes y aun contrarias entre sí. También pueden ser *positivas* o *negativas* según los fines a los que sirvan. En nuestro caso, serán positivas si se fundamentan en valores acordes con el ideal y el proyecto vocacional que persiguen. Y serán negativas las que se distancian del mismo o alimentan contravalores vocacionales.

¿Cuál sería la motivación específicamente vocacional? El seguimiento de Jesús en las distintas vocaciones específicas se basa en una atracción sentida por la persona de Jesús y su proyecto del Reino. Esa es la motivación auténticamente válida. Pero ésta nunca aparece sola ni con evidente nitidez, sino envuelta en muchas otras motivaciones que pueden incluso ser contradictorias.

La consolidación motivacional se alcanza tras un proceso largo, y requiere una exploración de la intención personal y la observación del comportamiento del candidato. Porque pueden darse motivaciones vocacionales *inadecuadas* o *insuficientes*. Las primeras, aun siendo positivas, no se adecuan a los valores vocacionales. Las segundas, que también pueden ser positivas, no dan razón ni justificación completa y convincente para abrazarlos¹⁹⁴. Am-

¹⁹⁴ Cf. HOSTIE, R. *Discernimiento de las vocaciones*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1964, pp. 110-111: Pío XII decía a los seminaristas que no se sintieran

bas motivaciones, aun siendo buenas, no son válidas vocacionalmente.

Las motivaciones vocacionales pueden ser, además, *auténticas y válidas*. Las auténticas son las que brotan de una persona libre, no condicionada ni sometida a presiones internas o externas (sin miedo, ni engaño, ni violencia). Las válidas son aquellas cuyo fin y contenido están idealmente en línea con el mundo de los valores vocacionales (vivir las exigencias del Reino, el seguimiento de Jesús, la evangelización...); por lo mismo, son también adecuadas y suficientes vocacionalmente, aunque habrá que autenticarlas o certificarlas.

Es particularmente laboriosa y compleja la clarificación de las motivaciones vocacionales *inconscientes*, que suelen poner a prueba la pericia de los animadores vocacionales. A ellas sólo se puede acceder por vía indirecta, mediante indicios que desvelan la existencia de tendencias en conflicto con las motivaciones propiamente vocacionales. Esas motivaciones inconscientes, tan difíciles de identificar a veces, suelen ser muy activas y dinámicas. La experiencia refrenda que existen indicios que permiten sospechar su existencia. Son indicios tales como mostrar incapacidad para dialogar abiertamente sobre las propias motivaciones; formular motivaciones exclusivamente espirituales, ignorando otros aspectos de la personalidad de hondo calado; inventar motivaciones *a posteriori*, para justificar la elección si se ve en aprietos o amenazado; percibir una fuerte necesidad de compensación en la formulación de sus motivaciones (se verifica con la vida o biografía); manifestar motivaciones de carácter espiritual en abierta y escandalosa contradicción con el modo concreto de vi-

“tentados a abrazar una vida que no está hecha para ellos conforme al administrador infiel: ‘No puedo labrar la tierra y el mendigar me da vergüenza’”.

vir y con el ejercicio de la caridad fraterna; expresar preponderantemente motivaciones muy rebuscadas y exhaustivas; excluir otras posibilidades vocacionales por percibir su presunta malicia intrínseca o su falta de atractivo como, por ejemplo, elegir el celibato por desprecio del matrimonio; vivir en estado de tristeza permanente o de perpetuo conflicto; sentir atracción y rechazo al mismo tiempo hacia determinados valores, sin decantarse por ninguno de ellos, manteniéndose en una situación vital de constante duda e indecisión; no ser consciente de la génesis de su motivación ignorando las razones de cómo se ha llegado a ella; exhibir conductas movidas por fuerzas inconscientes mostrando un estado habitual de confusión e insatisfacción o turbación exagerada cuando se viven episodios inspirados en valores vocacionales; indecisión reincidente ante nuevos compromiso; resistencia desproporcionada a la hora de decidirse; alto grado de agresividad, manifiesta o contenida, debida a la tensión creada por el estado de frustración continua de las tendencias naturales; predisposición a replegarse sobre sí mismo; insensibilidad ante los problemas de los demás; inseguridad exagerada de sí mismo y continuo temor por el futuro; rigidez exagerada en su estructura psíquica que impide arriesgarse y adaptarse a nuevas situaciones, etcétera. Las situaciones, como se puede ver, a pesar de ser tan prolijas, reflejan una situación anómala e ilógica que las delata.

El candidato, en su proceso de discernimiento, debe evidenciar *motivaciones conscientes, auténticas y válidas*. Ha de tener y manifestar plena libertad y recta intención al optar por una vocación de especial consagración¹⁹⁵. Esto supone que, libre de toda presión interior y exterior que

¹⁹⁵ Cf. DE SAHAGÚN LUCAS HERNÁNDEZ, J. *La vida sacerdotal y religiosa*. Madrid: Atenas, 1986, p. 85.

condicione su decisión, ha de estar movido por los valores propios de la vida que postula abrazar. El discernimiento de las motivaciones vocacionales es decisivo para dar un juicio adecuado sobre la idoneidad del candidato.

Los engaños vocacionales

En estrecha relación con las motivaciones vocacionales aparecen a veces los engaños vocacionales. Son aquellas inclinaciones conscientes que sustituyen a las auténticas motivaciones, quedando éstas relegadas al subconsciente. Tales engaños vocacionales con frecuencia se apoyan en mecanismos de defensa¹⁹⁶ y se detectan también por vía indirecta. El discernimiento no puede limitarse a una consideración meramente moral de las conductas vocacionales. Ni mucho menos puede reducirse a una sospecha sistemática de autenticidad vocacional por las ambigüedades o contradicciones que puedan aparecer. Busca ante todo escrutar, al margen de la moral, el grado de autenticidad para detectar lo inadecuado, corregirlo, fortalecer la libertad y rectificar la intención del candidato. El fin que pretende no es otro que conseguir que la decisión vocacional se mueva por el bien real y no por el bien aparente.

Son muchísimas las expresiones de estos engaños vocacionales, como la incapacidad persistente del candidato para superar conflictos (dudas, dificultades, perplejidades, tensiones...) que le llevan con frecuencia a perder la paz interior y el equilibrio psicológico; la insatisfacción y falta de ilusión y de alegría prolongadas en la vivencia de los

¹⁹⁶ Cf. CENCINI, A.; MANENTI, A. *Psicología y formación. Estructuras y dinámicos*. México: Paulinas, 1985, p. 301. El animador vocacional deberá tener en cuenta en el discernimiento este dato que motiva a avanzar a pesar de las apariencias: "Todos los hombres más o menos se defienden. Lo extraño es encontrar por casualidad gente que no se defiende".

compromisos vocacionales que se deben ir asumiendo progresivamente; la falta de destreza para superar las frustraciones inherentes a las renunciaciones propias del compromiso vocacional; mostrar una amargura permanente ante las dificultades de la vocación; el deseo de probarlo todo sin renunciar a nada, una vez determinado un camino vocacional; cierta insuficiencia de criterios para asumir una conducta coherentes con los valores propios que se profesan, a pesar de haberlos escuchado con frecuencia; la actitud de no entregarse de hecho y en concreto a los demás. O entregarse de una manera desmesurada hasta perder la propia libertad personal, como es el caso de una excesiva sumisión. Son también indicios de engaño vocacional el no poner al servicio de los valores vocacionales las mejores energías y cualidades personales, la incapacidad para adaptarse a las circunstancias cambiantes por las que va pasando la persona en su proceso personal de clarificación, la falta de una fundamental confianza hacia los demás. Manifestar formas competitivas o agresivas en la relación hacia ellos, los silencios sobre asuntos que son importantes y que se ocultan por motivos que se desconocen, la pereza o incapacidad de pasar del conocimiento teórico de determinados valores a comportamientos y actitudes de vida. Finalmente, podemos tener presente aquel cierto “sexto sentido” del acompañante vocacional que detecta en el candidato –a veces sin poder ser muy explícito– que “algo no funciona bien”. Y otros indicios más que la vida muestra en su misma dinámica y que denotan la falta de congruencia en los comportamientos concretos del individuo.

El discernimiento de las motivaciones vocacionales

En la vida cotidiana calificamos a una persona de sincera y honesta cuando expresa con realismo el motivo que

le impulsa a actuar. Pero como de ordinario suelen anidar otros motivos inconfesados en las conductas, detectados de forma indirecta, en el discernimiento vocacional hay que cribar no sólo la sinceridad, sino incluso la misma autenticidad de las motivaciones proclamadas. Es entonces cuando podemos hablar de vocación auténtica.

La dificultad de este escrutinio radica en llegar a desvelar el campo de motivaciones reales que alberga el individuo. No existen técnicas perfectas de clarificación, sino criterios de orientación que ayudan en el discernimiento¹⁹⁷ y que han de aplicarse de forma global y bajo un criterio de estimación nunca exacto.

- A lo largo del itinerario de discernimiento, el acompañante debe mostrar y mantener en todo momento un indispensable *talante de respeto con el acompañado*. Las motivaciones inconscientes no se deben examinar de manera frontal, porque el miedo provocado dificulta que el sujeto se abra de cara a una superación. Hay que aprovechar las rendijas por las que se accede al interior de la persona y ofrecer una seguridad que permita el avance.
- Se debe comenzar por *detectar y clarificar las motivaciones reales del sujeto*. Esta tarea no se termina en la pastoral vocacional. Debe continuarse necesariamente a lo largo de las sucesivas etapas formativas. Las motivaciones conscientes se suelen expresar explícitamente en las conversaciones, diálogos, entrevistas, cuestionarios. Las inconscientes son más difíciles de descubrir, pues no las conoce ni el mismo sujeto y, sin embargo, actúan por su cuenta y con eficiencia. A ellas, como

¹⁹⁷ Cf. ALDAY, Jesús M^a. *La vida consagrada. Aspectos antropológicos, psicológicos y formativos*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 2004, p. 151.

hemos indicado, se accede de manera indirecta, atendiendo a indicios de comportamiento del candidato. Se debe intentar llegar a localizar y precisar cuál es la “*motivación predominante en el propio obrar*”¹⁹⁸, aquella que fuerza y arrastra el conjunto de los comportamientos del candidato. Y, después, comprobar si dicha motivación se adecua al valor vocacional o a una función pragmática o de defensa del “yo”.

- Las motivaciones *conscientes e inconscientes pueden coexistir* simultáneamente en la persona. Un candidato puede expresar una motivación consciente de acuerdo con los valores de la propia vocación y, sin embargo, puede estar movido de hecho por motivaciones inconscientes, cuyos valores no tienen nada que ver con los valores del proyecto de vida vocacional. Esta situación requiere una aclaración y ajuste¹⁹⁹.
- Aunque al comienzo del discernimiento vocacional las motivaciones no estén muy definidas y su autenticidad y validez no aparezcan con transparencia, pueden ser *clarificadas, reorientadas y educadas*. Se impone para ello un trabajo de depuración honesto y transparente. Es una tarea difícil, por la tendencia a racionalizar y justificar las propias actitudes y comportamientos, y a proyectar en los demás los problemas y las deficiencias personales²⁰⁰. Sin desdeñar el tratamiento psicológico de

¹⁹⁸ MAGNA, P. “Motivaciones vocacionales”. En: *Diccionario de Pastoral Vocacional*. Salamanca: Sígueme, 2005, p. 734.

¹⁹⁹ Cf. SOPENA ALCORCO, A. “Motivación, personalidad, orientación vocacional”. *Seminarios* 20 (1974) p. 129.

²⁰⁰ Esta eventualidad es tenida en cuenta en la técnica de la entrevista pastoral y existen procedimientos para elaborarla. Cfr. GIORDANI, B. *Encuentro de*

las motivaciones, en pastoral vocacional es necesario verificar también su dimensión religiosa. El discernimiento a la luz de la fe, la lectura vocacional de la Palabra de Dios, la revisión de vida personal y comunitaria, el autoconocimiento de las propias actitudes y comportamientos, la corrección fraterna, el consejo pastoral y el acompañamiento personal son, entre otros, los medios más eficientes que ayudan a descubrir y purificar los motivos de la propia conducta.

- Con todo, el trabajo más arduo es el de iniciar y proseguir un proceso de *purificación de las motivaciones* en la línea de los intereses del Reino. A ello contribuye la colaboración del acompañante, que señala el camino hacia el autoconocimiento mediante la búsqueda de las realidades inconscientes, la propuesta hipotética de explicación evangélica de las causas inconscientes de las conductas observadas, la confrontación para vencer las resistencias que mantienen al individuo en su statu quo y la propuesta de alternativas presentadas con respeto para que puedan ser entendidas, aceptadas y reapropiadas libremente por el candidato.
- Entra dentro de este trabajo, si se ve necesario, el *ayudar a integrar*²⁰¹ *las motivaciones incons-*

ayuda espiritual. Adaptación del método de R. R. Carlbuff. Madrid: Atenas, 1985, pp. 188-193, donde se describe un interesante método de personalización.

²⁰¹ Cf. CENCINI, A.; MANENTI, A. *Psicología y formación. Estructuras y dinamismos.* México: Paulinas, 1994, p. 180: "Integrar significa concretamente: empeñarse en descubrir los aspectos débiles, aceptarlos sin particulares angustias y fatalismos; reconocer el ser personas en constante formación y necesitadas de ayuda; esforzarse por limitar sus efectos en el comportamiento y porque no pesen demasiado en los demás; no pretender resolver

cientes. En el acompañamiento vocacional es muy importante ayudar al candidato a encarar con lucidez, realismo y fe sus motivaciones inconscientes e inadecuadas. Y en esa misma línea admitir, si se da, la coexistencia de *motivaciones mixtas*. Como el trigo y la cizaña, en todos nosotros conviven motivaciones de valor con motivaciones primarias. Lo importante es no engañarse y decidirse a vivir la vida como itinerario de búsqueda constante de Dios y su voluntad.

- Finalmente, el acompañamiento no puede en absoluto descuidar el cultivo de las *actitudes acordes con el Evangelio* como son la generosidad, la entrega, el riesgo, o la elaboración positiva de las experiencias de dificultad, frustración, pecado, misericordia, justicia, paz, amor, etcétera. Todo esto supone buscar “la centralidad de la persona de Jesucristo en el propio obrar”²⁰² y sus preferencias y, además, trabajar las dificultades y obstáculos para el seguimiento con realismo y fe. Las dificultades personales no desaparecen por arte de magia, hay que encauzarlas y tener en cuenta las tendencias de carácter. Pero, simultáneamente, hay que aprender a vivir a la luz de la gracia para abrirse a la acción de Dios y dejar que sea el Espíritu el que verdaderamente vaya realizando el proceso de transformación. En el discernimiento vocacional ni la psicología puede tener la última palabra, ni el espiritualismo desencarnado y des-

todo en forma radical y de inmediato, sino tomar las debidas precauciones: vivir la inmadurez como parte del propio yo y como signo de un límite que el hombre no soporta pasivamente, sino que tiende a superar”.

²⁰² MAGNA, P. “Motivaciones vocacionales”. En: *Diccionario de Pastoral Vocacional*. Salamanca: Sigueme, 2005, p. 734.

contextualizado. Psicología y fe, naturaleza y gracia se entretujan en un diálogo creador, encarnado y presidido por las insinuaciones del Espíritu.

Idoneidad vocacional

La idoneidad representa el criterio objetivo de discernimiento vocacional. No basta la recta intención, como manifestación de una voluntad y de una decisión libremente tomada, para diagnosticar si existe o no vocación. Es indispensable, además, que quien dice sentirse llamado demuestre disponer en su vida ordinaria de las cualidades requeridas que traduzcan aquella intención en comportamientos y actitudes de vida. A todo ese conjunto de cualidades denominamos con el concepto genérico de *idoneidad*.

Tal concepto agrupa aquellos requisitos de orden físico, intelectual, espiritual, moral y pastoral que permitan al sujeto el desempeño de las exigencias objetivas de su vocación. El juicio del discernimiento sobre la idoneidad tiene por objeto determinar si se dan, de modo fundado sobre razones objetivas, las cualidades que le hacen apto para vivir su vocación con la suficiente calidad.

La existencia de la llamada se expresa y confirma en los dones de naturaleza y gracia recibidos (cf. Rm 12,3). Estos dones son otorgados por Dios al llamado en orden a la vivencia de las exigencias de su vocación. Su existencia es un argumento más que garantiza la autenticidad de la llamada²⁰³. A ese conjunto de dones, que incluyen cualidades personales, el don de la gracia divina, dones carismáticos personales y virtudes sobrenaturales, la Iglesia los llama *requisitos*. Por ser comprobables permiten de-

²⁰³ Cf. ALEGRE, J. R. "Bases humanas de maduración vocacional". *Todos* Uno 121 (1995) pp. 11-63.

ducir la idoneidad del candidato. Se han de examinar y cultivar de manera global.

Rasgos de idoneidad

Existen en la Iglesia diversas declaraciones²⁰⁴ que ofrecen un mapa de criterios de madurez para juzgar la idoneidad requerida. No puede ser exhaustivo obviamente, ni tampoco mide al milímetro aquella base mínima exigible, aunque certifique que “nadie puede ser admitido sin una adecuada preparación”²⁰⁵. Repasemos algunos de estos rasgos de idoneidad pedidos.

En primer lugar contar con una *edad* mínima. Sólo se señala una edad concreta y es la de ingreso al noviciado: haber cumplido 17 años²⁰⁶. Como edad máxima no hay nada establecido en el derecho universal. El criterio de experiencia para admitir a candidatos de edad avanzada, varía según los institutos, sobre todo por lo que respecta a congregaciones laicales o a miembros laicos de las clericales y mixtas.

Es también capítulo importante la *salud física*, determinada no con criterios categóricos sino estimativos con los que se valora la capacidad del candidato para vivir las exigencias vocacionales. Parte importante de la salud es asimismo el *equilibrio psicológico* adecuado a la edad con comportamientos que reflejen capacidad para enjuiciar adecuadamente la realidad, amar auténticamente, estar abier-

²⁰⁴ Cf. APARICIO, A. (ed.). *La vida religiosa. Documentos conciliares y postconciliares*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 1990. Aparte del valor que tuvo *Renovationis Causam* mientras estuvo vigente, hacemos aquí mención de *Orientaciones para la formación en los institutos religiosos* n. 34, que a su vez, se hace eco de criterios ya presentados en el n. 11 de *Optatam Totius*. No son los únicos referentes, aunque sí de los más relevantes.

²⁰⁵ CIC, c. 597.2.

²⁰⁶ Cf. CIC, c. 643.1.

to a los demás, hacer opciones libres y estables, trabajar y ser eficiente, y adaptarse al ambiente circundante.

Y, en particular, la *índole* del candidato, que incluye temperamento, carácter y personalidad. Debe ser la apropiada para vivir las exigencias de la vocación en concreto, el amor desinteresado a los demás, la entrega incondicional y generosa al servicio del Reino, una rica sensibilidad y vida afectiva, sociabilidad y capacidad de establecer relaciones humanas, flexibilidad y capacidad de adaptación, renuncia radical a sí mismo por los valores de Reino, visión positiva y optimista de la vida, sinceridad y transparencia, responsabilidad y sensatez en la toma de decisiones, y constancia y estabilidad para llevar a cabo los compromisos.

Aunque cada instituto establezca su propio perfil, el candidato deberá mostrar una *capacidad intelectual* proporcionada y adecuada a las exigencias de la vocación. Se requiere aquel grado de capacidad intelectual que sea suficiente para que el llamado pueda entender y comprender el sentido y la naturaleza de la vocación, le permita adquirir la preparación intelectual necesaria para realizar su misión, incluya, además de la posibilidad de aprendizaje, la capacidad de reflexión y de juicio ponderado sobre los acontecimientos de su vida y exista al menos como una aptitud básica que ha de ser desarrollada, enriquecida y educada después.

A todo ello se añade la adecuada *idoneidad moral y religiosa*. El candidato ha de mostrar rectos criterios y adecuados comportamientos humanos y cristianos, fundamento y garantía de fidelidad vocacional. Esta idoneidad no es algo ya conseguido desde el principio pero debe exhibir ciertas capacidades básicas que permitan superar carencias y alcanzar el grado deseable²⁰⁷.

²⁰⁷ Cf. MARTÍNEZ, E. “¿Sabéis si son aptos? Criterios para la observación de la madurez psicológica”. *Stodium* 35 (1995) pp. 389-399.

Contraindicaciones

No basta con poseer esos rasgos positivos de idoneidad. Es preciso, además, no contar con contraindicaciones. Las *contraindicaciones* son aquellas condiciones negativas personales del candidato que permiten deducir su falta de idoneidad para asumir el proyecto vocacional de vida. Serían de tres tipos:

- *Las contraindicaciones en sentido estricto* son todas aquellas circunstancias que excluyen de un modo absoluto para la vocación consagrada. Entre las más evidentes, por su gravedad, estarían las enfermedades psíquicas, que originan graves trastornos: paranoia, esquizofrenia, psicofrenia, neurosis, histeria, hipocondría, psicopatías y otras.
- *Las contraindicaciones en sentido amplio o señales negativas*, que, sin ser tan graves como las anteriores, en su conjunto presentan un cuadro negativo para vivir la vocación. Se trataría de aquellos rasgos y comportamientos que, considerados de una manera aislada, no constituyen estrictamente y de modo absoluto un impedimento; pero que, si se presentan en forma de constelación, considerados en su conjunto, son una verdadera contraindicación vocacional. Entre ellas se cuentan las siguientes: inmadurez global y persistente de la personalidad, inmadurez afectiva, reacciones propias de estados evolutivos inferiores (edad infantil o adolescencial). Es verdad que estas contraindicaciones hoy se van difuminando mucho. Cuando no se presentan de forma muy exagerada tienden a suavizarse. Sin embargo, la experiencia dice que hay que seguir teniéndolas en cuenta.

los componentes de su yo son puestos en movimiento por la misma fuerza motivante y están orientados hacia un mismo objetivo vocacional, interactuando constructivamente entre sí. Ella asume, en un proyecto de vida libremente elegido, las fuerzas dinámicas de la propia personalidad y puede tender con eficacia y constancia hacia la realización de tal proyecto vocacional. Esa persona vive en una situación de transparencia interna y externa: lo que afirma ser el objetivo de su actuar es realmente la fuerza que lo impulsa, capta su validez intrínseca, se siente cautivada por él, lo quiere y se empeña concretamente por realizarlo de forma estable. Es una persona “auténtica” y, precisamente por esto, puede conseguir los fines que se propone.

Por el contrario, la persona inconsistente vive en un estado de desacuerdo interno. No es dueña de su propia vida, porque una desconocida motivación desmiente y contradice los valores que proclama. De esa manera se provoca un conflicto del que la misma persona sufrirá sus consecuencias sin advertir su origen. En ese caso la persona cuenta con menos libertad a la hora de formular y realizar su proyecto vocacional, porque está presente una fuerza inconsistente que condiciona sus opciones y limita sus capacidades efectivas de realizarlas. El inconsistente, en lo que hace, además de las “oficiales”, tiene segundas intenciones aun sin saberlo, y normalmente no consigue realizar ni las primeras ni las segundas.

Para ser más precisos, en lugar de contraponer *persona* consistente a persona inconsistente, se debe hablar de *áreas* consistentes e inconsistentes en el interior de la misma persona. El concepto, por tanto, más que al yo, se aplica a sus contenidos y estructuras.

Las inconsistencias a las que aludimos aquí son las dificultades *normales* y comunes del hombre normal para

vivir según los valores profesados. No nos referimos, por tanto, a las inconsistencias psicopatológicas estudiadas por la psiquiatría como son alucinaciones, delirios, fobias... Por otra parte, hablamos sólo de las inconsistencias *vocacionales*; o sea sólo de esas dificultades normales vinculadas con la prosecución de los valores vocacionales. Finalmente, nos referimos a las inconsistencias *sobre todo subconscientes*, que no son fruto, por tanto, de la deliberación de la persona. Ella puede sentirse bloqueada en su crecimiento sin que por su parte haya mala voluntad; más aún, no obstante su buena voluntad y su recta intención. Aun en la persona que ha elegido un ideal de vida pueden persistir dificultades para vivir según el mismo.

El discernimiento de las áreas de consistencia e inconsistencia²¹² habrá de confrontar y valorar cómo un candidato maneja esas inconsistencias que –aunque subconscientes– advierte instintivamente o de las que constata de alguna forma sus efectos en la vida.

Destrezas para el discernimiento

Aunque el discernimiento vocacional tiene sus momentos de excepcional intensidad, como por ejemplo aquellas situaciones de encrucijada en la vida en las que se debe tomar una decisión importante; sin embargo es la vida cotidiana en todas sus dimensiones el lugar teológico donde el Espíritu se manifiesta y se adquiere la conciencia de la llamada. Por ello, la vida cotidiana se convierte en el lugar más adecuado para el discernimiento. Es el ámbito, la mediación y la materia de discernimiento, siempre a la luz de la Palabra. Y también es el lugar de la

²¹² Cf. RULLA, L. M. *Psicología profunda y vocación. Las personas*. Madrid: Atenas, 1994. Obra reconocida como clásica para el fundamento y tratamiento del discernimiento

confirmación de la validez del discernimiento ya hecho. El acompañante vocacional sabrá acercarse, acoger y valorar la vida ordinaria concreta del candidato como materia prima para su discernimiento²¹³.

Su tarea debe centrarse en todas las dimensiones de la vida del candidato a la luz de la Palabra y preguntarse sobre el significado de lo que ha acontecido, las llamadas hechas en ella por el Señor, los sentimientos despertados ante ellas, la interpelación de la Palabra (luces), el sentido hacia el que mueve y las actitudes que impulsa (mociones).

Para llevarlo adelante de forma adecuada existen criterios, avalados por la experiencia como recomendables, que conviene conocer y observar. Acompañar para discernir tiene mucho de arte y de ciencia. Ambas recomiendan estas orientaciones prácticas por su valor pedagógico²¹⁴. Todos estos criterios están debidamente correlacionados, debe ponerse especial énfasis en aquellos que en cada momento se perciban más oportunos.

— *Partir de la situación concreta y real del candidato.* El discernimiento debe mantener siempre este punto de partida. Es la persona del candidato (dónde está y cómo está) la que debe mostrar dónde comenzar, sin ir *por delante* de él, ni *por detrás*

²¹³ Cf. RULLA, L. M. *Antropología de la vocación cristiana*. Tomos I y II. Madrid: Atenas, 1990 y 1994; GARRIDO, J. *Proceso humano y Gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana*. Santander: Sal Terrae, 1996. Aunque sólo señalamos a estos dos autores, sobre métodos del discernimiento hay una riquísima bibliografía. El discernimiento se ha inspirado en los diferentes libros que componen la Biblia. Sabemos que el evangelio de Juan, y muy específicamente su primera carta, es un verdadero tratado de discernimiento. En la tradición espiritual, Ignacio de Loyola con las reglas de discernimiento de sus ejercicios ha ejercido y ejerce una gran influencia.

²¹⁴ Cf. GARRIDO, J. o.c., pp. 194-203; CABARRÚS, R. C. "La osadía de dejarse llevar". *Diakónia*, número especial. Managua (1987).

de él ni *en otra dirección*²¹⁵. Es el candidato quien toma la palabra, quien centra los temas, quien se abre al Espíritu, y quien tomará en su momento las decisiones. Este criterio es especialmente importante cuando nos encontramos con jóvenes reacios al acompañamiento o con dificultad para discernir. Hay que hacer toda una tarea previa de clarificación de bloqueos hasta que puedan descubrir la importancia que esto tiene.

- *Interrelacionar de forma permanente lo exterior y lo interior de la experiencia personal.* Es decir, que el discurso sobre las inspiraciones del Espíritu se concrete y verifique proporcionalmente en la vida, en sus momentos y circunstancias, en las actitudes que toma en la vida ordinaria. No se trata de buscar adecuación absoluta entre ideales y acciones, pero sí de poder evidenciar sus coherencias o desajustes.
- *Ayudar a objetivar y distinguir los impulsos personales de las mociones del Espíritu.* Las inspiraciones que se atribuyen al Espíritu pueden estar contaminadas por mil cosas y, a veces, resultan inadecuados para el avance. Esto es especialmente delicado e importante en los momentos de crisis y en las situaciones de encrucijada. Hay cosas que no quiere Dios, al menos ahora, sino el narcisismo, el miedo, el afán de perfeccionismo. Objetivar es ayudar a clarificar, más que reprimir. Para esto también ayuda el no interpretar ningún signo en solitario, sino dentro del proceso de la persona.

²¹⁵ Cf. ARRIETA, Lola. “Acoger la vida acompañando la vida. El acompañamiento en la vida cotidiana”. *Frontera* 26 (1999) pp. 31-32

- *Respetar y manejar la integralidad del proceso*²¹⁶. Lo humano y lo espiritual acontecen de forma conjunta. Pero cada momento del proceso exige poner el énfasis en el aspecto que se perciba como dominante. Ese determina los contenidos que se hacen materia de diálogo estableciendo qué dimensión tratar: la psicológica, la social, la existencial o la estrictamente religiosa. Saber en cada momento el nivel en el que la persona se mueve y establecer ahí el punto de interés exige conocer ciertos dinamismos humanos, existenciales y espirituales. Entender cómo aparecen todos los niveles en una situación dada es todo un arte.
- *Ofrecer las relecturas más adecuadas y clarificadoras en cada momento, orientadas siempre al Espíritu*. Este criterio va muy unido con el anterior. En el proceso muchas veces hay que hacer aclaraciones, nombrar los valores que están emergiendo, clarificar motivaciones, ofrecer pautas para la oración y la vida misma, verificar lo que se escucha, etcétera. Saber ofrecer lo que conviene en cada momento es un gran aliento para quien lo vive, sobre todo en las dificultades, y anima a continuar el camino.
- *Ser prudentes para confrontar en el momento oportuno, para proponer saltos, cambiar de nivel, abandonar en Dios*. Hay momentos en los que el proceso cae en la rutina, aparecen desencantos, estancamientos, retrocesos..., fruto de causas bien concretas. Puede ocurrir a veces incluso que

²¹⁶ Cf. GARRIDO, J. *Proceso humano y Gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana*. Santander: Sal Terrae, 2000, p. 199. Nuestro autor denomina “pedagogía simultánea” a esa esmerada labor.

abiertamente se perciba que la persona se engaña. Es entonces cuando hay que confrontar abiertamente, proponer saltos cualitativos, invitar al riesgo. La vocación no es alcanzar una situación cómoda y tranquila, sino rastrear al Espíritu, que siempre empuja al riesgo. Siempre con el respeto y la prudencia de quien se sabe mediación del Espíritu. Nunca dejándose llevar por la agresividad; y en caso de duda, es el propio acompañante el que debe confrontarse antes que confrontar al candidato.

- *Señalar los avances que se van percibiendo por pura gracia del Señor.* Reconocer al Dios que está aquí y mostrarlo a otros. Es la proclamación del Bautista a sus discípulos: “Ése es el Cordero de Dios”. A veces no resulta fácil distinguir la manifestación de Dios cuando se está demasiado ocupado en las tareas de integración personal, sin embargo se van dando pasos cualitativos que se perciben en las actitudes, en la forma de afrontar un acontecimiento, en el móvil que empuja. Y certificar que la persona reacciona de forma especial, con más “aire de evangelio”, movida por un valor superior, más liberada del qué dirán, del actuar por ley, de... mil cosas. Entonces hay que alegrarse, celebrarlo y proponerlo como motivo de agradecimiento.